Ciclo C

# Los suyos no lo reconocieron

Domingo 4 del tiempo ordinario

Lucas 4, 21-30. *Jesús, como Elías y Eliseo, no es enviado sólo a los judíos*
*En aquel tiempo comenzó Jesús a decir en la sinagoga: - Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y decían: ¿No es éste el hijo de José? Él les dijo: Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria. Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio. Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira; y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.*

**Reflexión**

Los textos bíblicos de hoy son muy profundos y nos invitan a reflexionar:

**Primera Lectura (Jeremías 1, 4-5. 17-19)**: Vocación del profeta Jeremías, uno de los más grandes profetas del Antiguo Testamento. Desde el seno materno, Dios lo ha escogido para esta misión. Esto vale, de algún modo, también para todos nosotros: Dios nos formó y nos preparó a cada uno para una misión personal en este mundo.

**Segunda Lectura (1Corintios 12, 31-13, 13)**: El himno al amor es tal vez lo más bello del Nuevo Testamento sobre el amor. Describe el verdadero amor, el amor desinteresado, sacrificado y generoso. Nos dice que en definitivo sólo el amor cuenta: En el juicio final Cristo sólo nos interrogará sobre el amor en nuestra vida. Y en el cielo ya no habrá que creer y esperar porque tendremos todo: sólo quedará el amor.

**Evangelio**: Jesús proclama su misión en Nazaret. Me imagino que Jesús se encamina hacia su ciudad natal con muchas esperanzas. Vuelve a ver el paisaje de su niñez. Los caminos por donde jugaba con sus compañeros. El taller de su padre. Probablemente seguía viviendo allí su Madre.

Y en aquel ambiente de intimidad la revelación que no deja duda sobre la misión y la conciencia de misión del Señor: *"Hoy* se *cumple esta Escritura que acabáis de oír"*. Se trata de uno de esos raros momentos en los que Jesús, con la mayor naturalidad, revela su propia identidad.

Pero los habitantes de Nazaret no están dispuestos a reconocerlo como su Mesías y Salvador. Creen conocerlo demasiado bien.

- La primera reacción de ellos es la de una admiración general: *"se admiraban de las palabras que salían de sus labios"*.

- Pero después cambian su actitud, desconfiando de Él y escandalizándose por su causa: *"¿No* es *éste el hijo de José?"* ¿No lo conocemos a él y a todos los suyos?

- Al final hay una verdadera explosión de furor popular: *"Levantándo*se *lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte, para despeñarlo"*.

Ante estos hechos nos preguntamos: ¿Por qué los compueblanos de Jesús no lo han reconocido? Es porque lo conocen demasiado bien. Saben quién es: un hombre justo, pero modesto, en nada extraordinario. Uno de tantos. Uno como ellos.

Lo han visto jugar en la plaza. Lo recuerdan trabajando como carpintero. Trabajaba como todos. Sudaba como todos.

¿Qué es lo que pretende ahora? ¿Ser el Mesías? ¡Imposible! No es más que el carpintero, el hijo de José y de María.

Se habían construido su propia imagen del Mesías: Tenía que ser el excepcional, el grandioso. No se lo podían imaginar bajo apariencias sencillas, comunes, cotidianas... Por eso lo quieren despeñar.

Frente a esta actitud negativa, surge la indignación contra los compueblanos de Jesús. Pero no tenemos derecho a ello. Porque nosotros somos tan culpables como los habitantes de Nazaret. También nosotros somos víctimas de la misma equivocación. También nosotros conocemos a Cristo. Pero somos incapaces de reconocerlo, en el hermano.

Nos construimos una imagen de Dios. Pero si Dios se nos presenta distinto a nuestra imagen, no lo conocemos ni lo acogemos.

- Buscamos a Dios por fuera, pero Él está presente en nuestra vida.
- Lo creemos a Dios lejano, pero resulta que está muy cerca, que pasa a nuestro lado.
- Nos lo imaginamos por las nubes, pero nos cruzamos con Él por las calles.
- Estamos siempre aguardando un milagro, algo extraordinario; pero Él se nos revela con un sencillo rostro de hombre.

Cuántas veces nos tropezamos con Cristo sin darnos cuenta. No lo reconocemos. Tiene una cara demasiada conocida:

La cara del pobre, niño, compañero de trabajo, marido, esposa, enfermo, preso, del que sufre...

Y nosotros que conocemos esas caras, no sabemos reconocerlo, a Cristo en ellas. ¡Una nueva desilusión para el Señor! Una vez más que no ha sido reconocido. Una vez más que ha venido a llamar a la puerta de su casa - pero los suyos no lo han recibido.

Queridos hermanos, tomemos en serio la invitación que el Señor nos hace hoy: verlo a Él, reconocerlo a Él en cada hermano, sobre todo en los más sencillos, los más humildes, los más cercanos. Pidámosle al Señor que nos regale esta gracia que es el distintivo del verdadero cristiano.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt